

Las grandes tristezas nacionales. El deporte tauromáquico. 4-34 7

("Nuevo Mundo" Madrid, 29 agosto 1914).

El deporte tauromáquico

Con el arreciamiento — aparente al menos — de la afición tauromáquica, ha arreciado también la campaña contra dicha afición. Teniéndome, como con razón me tienen, por uno de los más decididos antitauromaquistas, desde hace algún tiempo recibo cartas al respecto, notificándome haberse constituido alguna sociedad para trabajar contra la afición ó haber de celebrarse algún acto público á tal fin.

¿Necesitaré decir una vez más que no es precisamente la barbarie de la fiesta lo que me mueve contra ella? ¿Tendré que repetir que más que la corrida misma de toros, me entristecen, como español, los comentarios á que da lugar, las tertulias que provoca y la hórrida literatura que de ella brota? Esa fiesta está no embraveciendo ó salvajizando á nuestro pueblo, sino entonteciéndole. La afición no irradia de lo más bravo, sino de lo más insustancial y mentecato de la patria.

Pero no creo que es tanto que la afición brota de la tontería nacional cuanto que es un alimento para esa misma tontería. Si los pobrecitos que se pasan los días discutiendo de toros, y cuya inteligencia, por lo mismo, se prueba ser tan córnea como las astas de éstos, no tuvieran eso de qué hablar, ¿de qué otra cosa hablarían? No lo sé bien.

Es la modorra intelectual, ó más bien espiritual, lo que alimenta la afición. Es una especie de bocio colectivo y no sé de qué tiroidina que pueda sacudir á esos cerebros.

Si se les quitara los toros, inventarían otro deporte cualquiera de qué conversar, y por el cual hacer que se entusiasmaran. Es lamentable, sin género alguno de duda, que las revistas de corridas de toros y las noticias tauromáquicas llenen tanto espacio en nuestros papeles públicos; pero no sería menos de lamentar que lo llenasen revistas de fútbol ó de otra distracción deportiva cualquiera. Como me parece que se le da sobrado lugar á la revista de teatro, considerado éste como un espectáculo y no como manifestación de un arte literario. Tan abusivo es comentar en exceso la faena de un primer espada como la de un primer actor.

Todos los juegos entretienen á la mayoría de nuestro público, menos el juego de las ideas. Y se comprende. El juego, el noble juego de las ideas, de las ideas que lo son y no meras palabras, le levantan dolor de cabeza. Es el espíritu de la afición — de la afi-

O.C. tomo XI



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

ción córnea quiero decir — el que ha inventado eso de *lata* y de *paradoja*. Para un aficionado, capaz de pasarse tres ó cuatro horas cada día hablando de la faena de tal maestro en la última temporada, cualquier noble juego ideal tiene que resultar una *lata*, cualquier pensamiento una *paradoja*. Y es que la afición tauromáquica es el principal exponente de nuestra ramplonería.

Voy más lejos, y es que al mismo espíritu que provoca y mantiene la afición — ¡no á la afición misma, claro está! —, es al que atribuyo la especialísima incapacidad de la mayoría de nuestro público para entender y gustar el humor y el humorismo. El que se deleita con el género de gracejo que se cría en torno á la totería y al flamenquismo, no es posible que guste de la flor de la ironía humana. Vive sumergido en un océano de memez, sin fondo y sin orillas. Tiene el cerebro *cornificado* por ese cálido viento Sur que seca todo jugo.

¡Jugar con las ideas! No, lo que se hace es jugar con palabras y frases. No hay sino ver ese estúpido «Maura, sí!» y «Maura, no!» á que juegan ya hasta los niños de la escuela, y que no es sino variante de aquel otro juego infantil de «pues sí!, ¡pues no!, ¡pues no!, ¡pues sí!, etc., etc.» con que los chicuelos descansan de jugar al toro.

No es de la barbarie, no; es de la memez de lo que tenemos que defendernos. Eso que llaman flamenquería no es sino una manifestación de memez. De la misma hórrida memez que estalla en eso que se llamó el genio alegre. Eso ni es alegría ni cosa que lo valga. Es puerilidad y nada más que puerilidad. Pero no aquella á la que se aplica las palabras del Cristo de que quien no se haga como niño no entrará en el reino de los cielos; no esa, sino una puerilidad que llena el limbo. Y de un limbo, de un verdadero limbo, de un limbo donde ni se ven las angustias de infierno que en él se celan; de un limbo nos viene ese ábrego cálido que cornifica los cerebros, de un limbo donde hay mujeres que, por muchos años que vivan, no salen de la infancia, donde á personas de setenta años se les llama, y con justicia, niños.

Muchas veces he comentado aquella frase trágica de «la cuestión es pasar el rato»; pero hay muchos modos de pasarlos, y los que lo pasan comentando una estocada ó discutiendo si el Fenómeno vale más que el Papa ó éste más que aquél, además de remachar las cadenas de las más tristes de nuestras servidumbres, están dificultando á nuestros hijos el acceso á una



más pura región de más puros placeres, de más elevados juegos, de un goce de la vida mucho más intenso y refinado que el que puede dar ese sim-

plícisimo espectáculo de unas corridas de toros, cuyos secretos estén al alcance de las más córneas inteligencias. Porque para ser inteligente en toros, acaso una de las cosas que más estorben es tener inteligencia.

Y hay que ver la solemne seriedad litúrgica que los inteligentes — ¡¡¡inteligentes!!! — dan á la fiesta. Parece que están oficiando en un culto. Y así es. Están oficiando en el culto de la ramplonería y la memez.

Y se ha estado llenando columnas y más columnas de nuestros diarios con comentarios de esa ramplonísima fiesta, y halagando la memez del público de mentalidad córnea, mientras se escatimaba espacio al dar cuenta de la huelga de braceros del campo andaluz, de ese campo trágico donde unos sufridos hombres sudan sangre sobre una tierra explotada por latifundarios que ocultan cuanto pueden. Ese pobre campesino andaluz, paciente y sufridísimo, que languidece de hambre mal entretenida junto á los prados en que se pasean los toros de lidia. Hasta que un día se cansa, y entre en los cotos de las ganaderías y cace á los toros, y los mate sin andarse con reglas de arte, y se los coma. Y acabe así de una vez con el escándalo de economía social que esas ganaderías significan, y con la estupidez que ellas contribuyen á mantener. Y llego á creer que una nueva Mano Negra sería el más adecuado remedio á la afición.

Esos desdichados trianeros que idolatran al Fenómeno ó al Papa no se dan cuenta, sin duda — ¡qué han de darse cuenta! —, de que su idolatría está íntimamente relacionada con la miseria lamentable de los pobres braceros del campo andaluz, que viven de gazpacho y de milagro. Es decir, no viven.

Porque la afición es algo sutilmente reaccionario, antisocial; es un instrumento, me complazco en creer que inconsciente, de la brutal indiferencia frente á la injusticia de la explotación del proletariado. Los socialistas han visto en esto muy claro. Su prensa ha sido la más hostil á las corridas de toros, fiesta con la que simpatizan, por otra parte, cuantos no se cansan de pedir la mayor vigencia del índice de libros prohibidos. Y ello es natural, para impedir que la gente piense, uno de los mejores medios es fomentar la afición á las corridas de toros.

